

Ella ya sabe quién es su mamá. La búsqueda llegó a un resultado. Ella pudo confirmar que sus dudas eran motivadas.

Al conocer la noticia me agradecí el “saber”, saber que cuando una persona duda sobre alguna situación que cuestiona su integridad psíquica o física se ve como errante, con pensamientos en apariencia sin secuencia lógica. Aprendí a escuchar, y a acompañar para dar al relato una lógica que invite a la investigación de esas vivencias de y en los laberintos de las vidas infantiles y adolescentes.

Nuestra nación se construyó sobre la base de la apropiación de cuerpos, de niñas, de niños, de mujeres, de propiedades, de varones para la esclavitud. Ese devenir ha promovido la naturalización de la apropiación. En el caso de la apropiación de niñas y de niños los colonizadores la practicaron bajo el gesto benévolo y amoroso que les brindaría una “vida mejor”, “más civilizada”.

La cuestión central nunca fue universalizar el bienestar de las personas y de los pueblos para que los adultos cuidaran y protegieran a su cría.

Entonces la práctica apropiatoria otrora fue por razones de pobreza, luego por razones de ideología política de madres y padres. Ella pudo ser apropiada por la naturalización de prácticas ilegales. Una adolescente pobre fue a parir a un hospital público, hubieron médicos, médicas, enfermeras, enfermeros que por acción (autoría delito) o por omisión (complicidad) ocasionaron, promovieron, toleraron la mentira de decir a la joven que su beba había fallecido. Hubo un médico que firmó la partida de nacimiento (instrumento público falso) hubieron parientes y amigas y amigos de la Señora y del Señor que anotaron a la niña como propia (apropiadores). En cada quien, ante la sospecha, el real conocimiento, o la duda se autoimpuso el silencio. La complicidad social. La naturalización de la práctica apropiatoria de personas.

La banalidad del mal, las tolerancias cotidianas de tantas personas que actúan dentro de las reglas del sistema al que pertenecen sin reflexionar sobre sus actos, no se preocupan por las consecuencias de sus actos sólo obedecen o no cuestionan órdenes.

La palabra constituye, la palabra expresa, muestra, representa un significado. De allí la necesidad, el imperativo de que la palabra se ajuste a la realidad que menciona. La forma de decir puede afirmar la subjetividad o invisibilizarla.

Subjetividades negadas, ignoradas, la ética no encuentra disciplina que garantice su aplicación.

Sara Cánepa

Hannah Arendt acuñó el término "banalidad del mal" para interpretar y poder explicar por qué un ser mediocre y oscuro como Eichmann, como ella lo consideraba, pudo servir de burócrata eficiente para organizar y aportar con diligencia a la masacre cometida en la Segunda Guerra Mundial.

"Cuando hablo de la banalidad del mal –dice Arendt– lo hago solamente a un nivel estrictamente objetivo y me limito a señalar un fenómeno que, en el curso del juicio, resultó evidente. Eichmann carecía de motivos, salvo aquellos demostrados por su extraordinaria diligencia en orden a su progreso personal. Y en sí misma, tal diligencia no era criminal."

Arendt asegura que "Eichmann hubiera sido absolutamente incapaz de asesinar a su superior para heredar su cargo. Para expresarlo en palabras llanas, –sostiene– podemos decir que Eichmann, sencillamente, no supo jamás lo que hacía. Eichmann no era estúpido. Únicamente la pura y simple irreflexión –que en modo alguno podemos equiparar a la estupidez– fue lo que le predispuso a convertirse en el mayor criminal de su tiempo. Y si bien esto merece ser clasificado como «banalidad», e incluso puede parecer cómico, y ni siquiera con la mejor voluntad cabe atribuir a Eichmann diabólica profundidad, también es cierto que tampoco podemos decir que sea algo normal o común", se lee textualmente en la obra de Arendt, cuestionada como admirada durante el último medio siglo.

Dinamarca fue el único país ocupado que se resistió activamente a los intentos del régimen nazi de deportar a sus ciudadanos judíos. El 28 de septiembre de 1943, Georg Ferdinand Duckwitz, un diplomático alemán, le informó secretamente a la resistencia danesa que los nazis planificaban deportar a los judíos daneses. Los daneses respondieron rápidamente organizando una campaña nacional para sacar de contrabando a los judíos por mar rumbo a Suecia, que era neutral. Advertidos sobre los planes alemanes, los judíos comenzaron a irse de Copenhague, donde vivía la mayoría de los casi 8.000 judíos de Dinamarca, y de otras ciudades, en tren, automóvil y a pie. Con la ayuda del pueblo danés, encontraron escondites en casas, hospitales e iglesias. En un período de dos semanas, los pescadores ayudaron a trasladar en barco a unos 7.200 judíos daneses y a 680 familiares no judíos a un lugar seguro a través del angosto cuerpo de agua que separa Dinamarca de Suecia.

<https://www.ushmm.org/outreach/es>